

Los quevedos de Sabina

Por: José María Lozano Cabezuelo

A Pedro Julián Guijarro, amigo

“Los artistas, los que crean, deberían tener terminantemente prohibido abandonar este mundo”. (Rosa María Molina).

Dice Felipe B. Reyes de Sabina, entre otras cosas: “En su adolescencia J. Sabina iba para poeta, como casi todo el mundo. Un día se vio con una guitarra en las manos, y entonces se planteó el enigma de una elección: la musa abstracta o la musa del do, re, mi; porque de siempre se ha dicho que las musas llevan a la bigamia. Sabina decidió tirar por la calle de en medio [...] Sabina viene de la estirpe de los juglares (recitadores, músicos, acróbatas), y es a la vez tataranieta de Quevedo”.

Estamos absolutamente de acuerdo. Joaquín Sabina escribe desde esa manera narrativa que ofrece el mejor sarcasmo retomando una antigua tradición, la de los versos satíricos, donde Quevedo es el principal y no defrauda nunca. El cantautor ha afirmado que en España se ha perdido esa antigua práctica, de ahí su decisión de recoger el testigo de la mejor tradición quevedesca. “Yo sospecho que los quevedos que Sabina usa para perpetrar endecasílabos son los mismos que gastara el propio Quevedo, porque de otro modo raramente se entiende que la música le salga tan esenciada y la mala leche tan atenta”, apunta el periodista Ángel Antonio Herrera.

Ingenio y mala leche son los dos ingredientes imprescindibles utilizados por estos dos poetas “verdaderos y duraderos” -como señaló Ángel González en el acto en que apadrinó al cantante en la presentación de su libro de sonetos Ciento volando de catorce- para conseguir un buen poema satírico.

Proclama el escritor argentino Juan Pablo Neyret que las letras de Sabina poseen influencias del rock anglosajón (Bob Dylan), de Georges Brassens, de los poetas vanguardistas hispanoamericanos (César Vallejo, Pablo Neruda), sin dejar de referirse a sus primeras lecturas, que incluyen a Fray Luis de León y Jorge Manrique así como el resto de la tradición española (cabe recordar que en 1968 Sabina inició en la Universidad de Granada sus estudios inconclusos de Filología Románica). Pero el nombre que destaca, y en el cual todos sus críticos coinciden, es el de Quevedo. Sostiene que Quevedo y las características formales básicas del Barroco están imbricados en Sabina. Sabina utiliza las asociaciones impertinentes, los juegos verbales... “Sus letras de uso corriente están entrelazadas con cultismos, equívocos, retruécanos, contrastes y antítesis, así como de construcciones anafóricas y enumeraciones asindéticas, estos últimos, los dos principales tropos de la poética sabiniana”.

Como ejemplo de que ambos utilizan recursos estilísticos parecidos, Neyret compara el poema “Contigo” de Sabina con el soneto de Quevedo “Amor constante más allá de la muerte”;

para Dámaso Alonso: “ese famosísimo soneto amoroso, que es seguramente el mejor de Quevedo, probablemente el mejor de la literatura española”. Encuentra Neyret con Julia Kristeva y Pierre Laurette en los versos “Y morirme contigo si te matas / y matarme contigo si te mueres, / porque el amor cuando no muere mata, / porque amores que matan nunca mueren”, una suerte de glosa de todo el soneto “Amor constante más allá de la muerte”. El segundo terceto del soneto de Quevedo a su vez resume el estribillo de Sabina, y en especial lo hace el último verso: “polvo serán, mas polvo enamorado”. En este sentido, el poeta Luis García Montero define: “Joaquín Sabina es cantante y poeta. Por ajustar más: no un cantante metido a poeta, sino un poeta metido a cantante”.

Cinco años después de “Contigo”, el cantautor habría de editar su primer libro (antes mencionado) como poeta, una compilación de cien sonetos -forma privilegiada del Barroco, nuevamente- titulada *Ciento volando de catorce* que lo lleva directamente al terreno de la poesía escrita, es decir, a la patria literaria de Quevedo. En el soneto “Coitus interrupto (sic)”, concebido como introito, se presenta diciéndose: “Ojalá quien visite este folleto / sea lego en Chaquespiare y en sor Juana, / no compite mi boina de paleta / con el chambergo de Villamediana”.

Ironía y mordacidad, son determinantes en Joaquín Sabina, quien en su poesía y en su música se apresura a reír de todo para no tener que llorar. Y nos lleva a ellas, produciéndonos, juntamente con una forzada carcajada, un doloroso estremecimiento, parecido al que el mismo Quevedo debió sentir: “primero nos faltarán lágrimas que causas de dolor”. Copio y pego unas letras de la canción de Sabina *juglar por juglar*: “Propongo corromper al puritano, / espiar en la ducha a las vecinas, / ir a quitarle al dios de los cristianos / su corona de espinas. / Hacen

falta cosquillas para serios, / pensar despacio para andar deprisa, / dar serenatas en los cementerios / muriéndose de risa”.

Defienden los dos talentos valores que son universales e intemporales: el estudio y la sabiduría. “El estudio es ejercicio necesario para saber quién es y quién son los otros, que no importa menos, y es dignidad y prerrogativa para cualquier estado. Hoy es sólo el camino de la grandeza y el superior”, solía decir Francisco de Quevedo. Joaquín Sabina, con paralela sensibilidad, siempre que se tercia hace apología de la cultura, que no es otra cosa que amar la sabiduría. Sinceras, rebosantes de aliento, de humor y escepticismo, son las páginas de *Sabina en carne viva*, en las que el poeta cantante, espoleado por Javier Menéndez Flores, su biógrafo, decide despejar de una vez las muchas incógnitas que rodean su existencia, “jugándose la boca” y abordando, sin omitir detalle, los grandes temas de su vida: la música, la literatura, la política..., entre otros muchos asuntos. A la pregunta de ¿qué es la cultura? traslado puntualmente su criterio:



Sabina

CRISTALERÍA DEGAR

Ctra. de Valdepeñas, 1 - Teléfono 926 360 612



CARPINTERÍA DE ALUMINIO Y PVC
ACRISTALAMIENTO DE OBRAS
ESPEJOS Y GRABADOS - MARQUETERÍA
PERSIANAS Y CORTINAS

ANTONIO M^a GARCÍA ARCOS
VILLANUEVA DE LOS INFANTES